

Lautaro Yankas

Queja de la tierra sedienta



EN el sueño, la quebrada canta. Como un vaguido, se deshace la armonía del agua. La tierra camina, sumida en la niebla. El aire glacial se mueve entre las alas brumosas del cielo. Alegrementemente, el dorso verdeante del trigal nuevo empieza a ondular su tierna vellonada.

El sol orgiástico ya está cabalgando las colinas sucias de sueño, semidesnudas, y arroja sobre ellas su alegría de trasnochador. Los trigales obedecen. Hoy esperan el milagro en su presencia ardiente e implacable.

En la falda, el sol irguió de una risotada la casa de adobes claros y fuertes.

En la quebrada próxima, el agua mueve sus dos alitas delante del cielo. El campesino, desde la casa, apunta a lo alto su ojo de buitre viejo y espera el milagro del sol. Las horas y su enorme silencio. El aire ligero vuelca sobre la loma su cántaro vacío; el trigal se tiende desesperadamente, se yergue, porque el aire le crisca de sed la entraña, y las nubes lejanas, cosi-

das al ruedo distante de los cerros, son alevosamente blancas.

La quebrada y su canto—gurú-gurú—de niño aburrido.

Luego, la tarde iza sus velas doradas al viento frío del sur. El campesino, entretanto, insulta, clavando a todas partes su ojo entenebrecido.

Una nube graciosa y frágil como un avión de seda, se mueve sobre la loma verdeante: tiene el vientre blanco, el contorno obscuro. Más rato, cien nubes semejantes se amontonan sobre el campo, hasta el poniente.

—Una nubá que caiga, y alcanzo a cosechar. ¡Maldita suerte!

—Ahora hay travesía, hombre. Y ahí está Dios con su misericordia. El trigo va a tener agua...

El sur se cambia en travesía. Como si nada esperase, el hombre sube por el sendero a tantear la siembra, a sentir su agonía entre las manos callosas. En los ojos sopla la travesía del hambre próxima. Ayer miró el cielo nublado como el otro día miraba al trapecista en el anillo más alto del circo, con ganas que se cayera. Su deseo era fuerte, terrible como la sed de su campo, y el lazo mental cogía al acróbata, cuando éste hacía su voltereta en el aire.

Hoy sabe que esas nubes estúpidas juegan sobre el trigal. Vienen desde la costa invisible, sus alas marinas tienden un fantasma sobre la amplia loma sedienta. Son muchas. A veces dejan claros azules, donde el sol suele abrir una cola de pavo real.

Los días y el gurú-gurú inocente de las quebradas. La travesía despierta a los campesinos y recoge sobre el trigal moribundo las nubes de todos los cielos. Hay siempre una nube vasta, aventurera, de proa deshecha y negra, que ha dado la vuelta al mundo en pocas horas... Pero el trigal se muere, rugoso y desangrado. Detrás de esa nube inmensa llega toda una bandada cobarde y flamante. La gran aventurera, que trae mutilaciones de cien tempestades, descansa mecida por los vientos encontrados. Luego se va con su rebaño infinito.

* * *

Los días y el gurú-gurú de la quebrada.

El trigal se ha perdido y la tierra ondulosa sesteaba bajo el afeite pajizo de la muerte. El hombre sigue los senderos, circula por los campos como un extraño que nadie necesita. Y su figura se reduce con pequeñez inexorable sobre el fondo de los trigales muertos, o junto a la quebrada.

Amaneciendo, vuelve al camino y bordea los campos próximos. A mediodía el viento gime y el cielo negro comienza a gotear. La lluvia canta en seguida y va obscureciendo las colinas desiertas. Los ranchos, negros, apretando los puños, asesinan a Dios.

El hombre, junto al vaso de vino, escucha la burla divina y calla.

Llueve aquella tarde y la noche. El hombre coge

el cántaro y el vaso de cuerno, y todo se hace dulcemente.

—¿Sentís como llueve?—solloza la mujer.

El hombre—sus ojos inyectados, densos—sueña. Las nubes sólo saben jugar, y lo hacen bien. La comba de la loma se ensancha, es enorme. A la hora precisa del viento frío, las nubes abren su ronda traviesa, con sus amplias faldas iluminadas. Un momento asoman a la tierra sus ojos asustados: el campo se ve desolado y terrible. La ronda prosigue graciosa y ordenada, noble y lírica, creada en pavorosa inocencia. El hombre, ebrio de luz, se entretiene en esta fantasía del cielo, hasta el momento en que ve sobre su trigal la ronda de sombras fatídicas. El hombre aguarda. Sopla con fuerza el viento helado y las nubes se ponen a jugar locas. Sobre la loma dilatada, cada vez más grande, pasan las sombras a saltos fantásticos, ciñéndola con fría crueldad de brujas. Es la noche. El gurú-gurú de la quebrada es obscuro, sordo, extrañado, como la sola palabra **h a m b r e**.

—Gurú, gurú...

Junto al vaso, rueda la cabeza del hombre dormido.